

EL HORIZONTE EN LA FORMACION DEL HOMBRE PAMPEANO

Al hablar de la presencia del hombre en la pampa, consideramos previo delimitar sus dos ciclos fundamentales. Porque es evidente que existió una pampa virgen, con su paisaje natural y una pampa conquistada, con su paisaje artificial, poblada de elementos heterogéneos. Indios y gauchos fueron los actores de la primera. Inmigrantes y mestizos de la segunda.

El hombre de la pampa "vive con los ojos puestos en el horizonte". En él encuentra su rumbo, intuye el peligro, presente la tormenta. La pampa respira, habla, y también suele abismarse en silencios impresionantes. Hay en el horizonte una honda sensación de vacío y esperanza. Ha sido para los pobladores de la primera época una eterna promesa. Pero nunca han tratado evadirse del círculo alucinado de su lejanía inasible, y explicaron a su manera esa grandeza en su canto y en su música. El mundo físico y mental del hombre pampeano es complejo. Ha sido plasmado por el medio circundante, "esos ruidos que uno siente sin saber de donde vienen". La lejanía gravitó directamente sobre su expresión íntima. Esa tristeza cósmica que solamente puede generar la contemplación de la naturaleza, trasuntada en las expresiones ódicas, donde todas las frases son alargadas y en tono menor. Las manifestaciones coreográficas, orgánicas y mixtas que nacieron después, tuvieron origen en otro escenario, ligeramente transformado. La pampa ya tenía pobladores, aldeas, alambrados, caminos...

El hombre de la pampa siempre vio más allá del horizonte un mundo extraño perdido en la bruma del desierto. La infinitud del paisaje transmitía a su corazón una sensación de

tristeza infinita ⁽¹⁾. La soledad circundante coincidía con la soledad de su alma, ante la falta de elementos naturales que desviarán su pensamiento hacia otros motivos. Por eso las Cifras reflejaban un acento cósmico a pesar de constituir el contrapunto su función específica. Y por eso todo contrapunto tenía también algo de torneo filosófico, donde se trataba de resolver el enigma del silencio pampeano y sus voces incognoscibles, donde los silencios nocturnos son

los secretos misterios
que las tinieblas esconden...

El horizonte y la pampa tienen, como la selva o el mar, una mágica atracción para sus habitantes. El pampeano no abandona jamás su tierra para no regresar. Si las circunstancias de la vida lo llevan a vivir a la montaña o junto al mar, siempre sentirá nostalgia por el paisaje sin límites donde el horizonte es una cinta mágica que le recuerda su efímera existencia, y donde cobran importancia las cosas más intrascendentes: la brizna de hierba, la flor, el insecto, el pájaro cuyo grito se pierde como un eco lejano... Y anhela, como punto final de su viaje, regresar a esa tierra querida donde la vista se pierde en lontananza para hablar con el misterio de las cosas. Nunca podrá olvidar los amaneceres de su suelo y la muerte del sol en el poniente. Nada habrá como en

la grandiosa llanura
el pálido anochecer...

Es cierto que en esto juega un papel importante la sensibilidad del hombre. Pero el pampeano es precisamente sensible por

(1) Sobre la razón de la tristeza pampeana, viejos paisanos expresan que el horizonte les contagia una tristeza inexplicable, y que a veces sienten deseos de llorar. Para ahuyentar esa tristeza cantan con el monótono arrastre de las frases o el simple tateo que semeja un lamento, y que es el mismo que ha servido de matriz para la Cifra y la Milonga.

excelencia; se emociona con el aroma del trébol en flor, o el penacho del cardo. La soledad le ha aguzado el oído y ensanchado la visión. El aguzamiento del oído es sobre todo, poético, porque lo identifica con las armonías silenciosas del paisaje. Según propia confesión “oyen respirar el grillo y crecer el pasto”, y tienen plena conciencia que en un milímetro de suelo húmedo, vive, se debate y lucha un mundo microscópico, intrascendente, pero formando parte vital del ciclo de la vida.

El insecto, el reptil, el árbol, enseñan cosas que no se aprenden en los libros. Cuando aparece el período orgánico-coreográfico y la pampa se cubre de aldeas y ciudades, la monotonía de la huella, el lento andar de la carreta, el rugido del pampero, el ombú solitario, los gritos nocturnos, los “hilos de la virgen” flotando después de las lluvias, las luces malas, el fatídico grito de la lechuza, seguirán siendo el trasfondo emocional de un pueblo hecho al aire libre, al sol y al viento.

El espejismo del horizonte en los días luminosos ha influido también sobre su espíritu y su mente, pues aquellas figuras informes que eran

vastos oleajes que ruedan
sobre fantástico río

estimulaban en su pensamiento las más extrañas fantasías.

La evolución de la vida en la llanura, la colonización, la modificación de la flora por influjo del arado, el éxodo de su fauna, los nuevos métodos de trabajo, han obligado al hombre pampeano a cambiar su ritmo. Nada más que eso. Pervive en el fondo de todo pampeano, la misma tristeza, el mismo afán lírico. Mas no la tristeza de una frustración. La eterna e infinita tristeza del horizonte, que es puramente cósmica. Dificilmente puedan entenderlo quienes no han intimado con la pampa.

En esta segunda época las cosas cambian radicalmente. El hombre pampeano ya no puede hacer vida contemplativa. Es absorbido o repelido por el progreso, que el asfalto y la

ciudad llevan a todos los rincones. Debe adaptarse o sucumbir. Antes fue la guerra. La guerra por la libertad de su suelo, seguida por la interminable guerra entre hermanos. El hombre de la pampa monta a caballo y no desciende de él en casi medio siglo. Recorre todos los caminos, luchando por la libertad de su tierra y por la ajena. Una epopeya sin precedentes. Cuando regresa se encuentra sin ubicación, sin tierras y sin casa.

Las tierras ya tenían dueño; llegaba tarde al banquete nacional y constituía poco menos que un estorbo. Quedaban para él los puestos de frontera, los fortines y los menesteres nómades de arreador o domador. Su innata rebeldía lo convertiría en matrero. Su doloroso drama social está pintado con toda fidelidad en el *Martín Fierro*. Y comenzó su lucha en su tierra y por su tierra.

Pudo evadirse y no lo hizo, muriendo en ella como peón o como matrero. Exterminado el prototipo pampeano, la vida de la pampa inicia su segundo ciclo, como hemos anotado. Nuevos hombres luchan, trabajan y sueñan... Y nuevos problemas obligan a los hombres a adaptarse a la realidad ambiente. Es natural. El hombre, ante todo, necesita asegurar su subsistencia. La idea de la evasión es siempre una esperanza, en todos los rincones del mundo.

Algunos autores —como Ramos Mejía— han creído ver en el hombre pampeano una innata propensión al radicalismo, a conductas expeditivas, por influencia del horizonte que habría moldeado en la mente de sus hombres una obsesión por “ver todos sus caminos libres”. Sin embargo las estadísticas niegan esa afirmación. En cambio la conducta del hombre pampeano a lo largo de su trayectoria, revela que ha sido el más consecuente abanderado de la libertad y la democracia. La historia lo corrobora.

En resumen, aquella pampa que contribuyó a la formación mental del hombre pampeano, ha desaparecido. Pueblos, ciudades, caminos asfaltados, árboles plantados por el hombre, automóviles, aviones, han desnaturalizado totalmente el paisa-

je original. Sin embargo, la supervivencia de aquella influencia no ha sido borrada. Subsiste en los hombres de la pampa actualmente, bajo otra forma y otros caracteres. Por herencia, por atavismo si se quiere. Hay en todo pampeano, aun nacido en la ciudad, algo de esa tristeza infinita que nutrió durante siglos a nuestra raza, y que tuvo como centro mágico el feérico enigma del horizonte, y que perdura en todo el repertorio lírico del gaucho.

LAZARO FLURY

Santa Fe 1008, San Jorge (Santa Fe)

